

Clásicos tardíos

por Laureano Domínguez*



ENRIC SIÓ, AGHARDI, NUEVA FRONTERA, 1979.



L. GARCÍA/V. MORA, LAS CRÓNICAS DEL SIN NOMBRE, NUEVA FRONTERA, 1982.



ALFONSO FONT, CUENTOS DE UN FUTURO IMPERFECTO, NORMA, 1990.

A lo largo de su historia, el cómic español, a diferencia del norteamericano, ha dado muy pocas obras que merezcan ser consideradas como clásicos, y las que pueden llevar esta etiqueta son creaciones relativamente recientes. Eso al menos opina el autor del siguiente artículo, en el que se destacan algunos de estos clásicos tardíos españoles creados por Miguel Calatayud, Víctor de la Fuente, Enric Sió, Carlos Giménez, Víctor Mora/Luis García, y Alfonso Font. Ellos han sentado las bases de la historieta española actual.

«Clásico: Se aplica a la lengua, al estilo, las obras, los artistas, etc. pertenecientes a la época de mayor esplendor de una evolución artística o literaria. Igualmente a los que se adaptan a las normas consideradas como fórmula de perfección [...] Por oposición a *romántico* se aplica a cualquier creación del espíritu humano en que la razón y el equilibrio predominan sobre la pasión o la exaltación. [...]»

Diccionario de uso del español
María Moliner

Durante generaciones la historietas ha divertido, entretenido, emocionado y hecho pensar a millones de lectores. En las manos de sus creadores ha reflejado nuestras fobias, encendido nuestra fantasía y reflejado la sociedad de su tiempo. En sus más de 100 años de historia (no es la intención de este artículo entrar en el debate sobre la fecha de su nacimiento) ha dejado un buen número de obras que, justamente, merecen ser consideradas como clásicos del medio.

Así como el cómic americano, posiblemente el que goza de una tradición más rica en este terreno, ha dado obras que merecen el calificativo de clásicos prácticamente a lo largo de toda su historia, el español tiene muy pocas que merezcan esta consideración en toda su amplitud.

No se trata de negar el valor y la huella que en la conciencia colectiva han dejado obras como «Diego Valor», «El Guerrero del Antifaz», «El Capitán Trueno», «El Cachorro», «Pumby», «Inspector Dan», «Doctor Niebla», «Mortadelo y Filemón», «Carpanta», «Topolino», las historietas de Coll o Cuto. Todas ellas tienen unos valores estéticos innegables y, en algún caso, excepcionales. Pero, muy pocas resistirían la comparación con creaciones como «Little Nemo in Slumberland», «Polly and her Pals», «Krazy Kat», «Terry y los piratas», «El Príncipe Valiente», «Pogo», «Li'l Abner» o «Spirit». Durante décadas la influencia de los clásicos americanos ha extendido su larga sombra sobre nuestros autores dando lugar a imitaciones más o menos afortunadas.



DÓLARES!! ¡CUANDO LE OÍ DECIR ESO A RICHARDS HIJO, ME VI CONVERTIDA EN UNA GRAN DAME! ¡COS IMAGINAIS, LEM, MOE?...

¡CLARO! ¡YA ESTÁ! ¡AHORA ME ACUERDO DE QUIÉN ES SCHUYLER! ¡NO EN VANO EL NOMBRE ME SONABA!



LOS PADRES DE SCHUYLER TENÍAN UN RANCHITO TAN MISERABLE COMO EL DE NUESTROS PADRES, ¿SABES, HEPZIBAH?... DESPUÉS HUBO LA EXPROPIACIÓN...



L. GARCÍA/V. MORA, LAS CRÓNICAS DEL SIN NOMBRE, NUEVA FRONTERA, 1982.

A la sombra del cómic made in USA

Suele identificarse la época de mayor esplendor del cómic americano (fundamentalmente los años 30) con la época de mayor esplendor de la historietas. Esa década supone un momento excepcional en la historia del cómic ya que ve el nacimiento de una gran cantidad de personajes de una calidad excepcional y de un variado registro de géneros. «Tarzán», «Dick Tracy», «Agente Secreto

X-9», «Li'l Abner», «Terry y los piratas», «El Príncipe Valiente» son algunos de los títulos más significativos. Estas series y sus autores serían ampliamente imitadas en las décadas posteriores en nuestro país. Muchas veces con un resultado bastante mediocre.

Las series españolas que hoy se consideran clásicas vieron la luz, en su mayoría, entre 1940 y 1960. Pero si aplicamos a estas series la definición de clásico citada al principio de este artículo difícilmente podríamos salvar alguna de

ellas. Su interés es más bien de tipo sociológico. Personajes como Carpanta, Las Hermanas Gilda, Agamenón, constituyen otros tantos reflejos de su época. Otros, como Roberto Alcázar y Pedrín, son una excelente muestra de indigencia estética e ideológica. Las series de aventuras más populares como «Diego Valor» o «El Capitán Trueno» no dejan de ser, a pesar de su gran audiencia, un pálido reflejo de los modelos que las inspiraron: «Dan Dare» y «El Príncipe Valiente».

Sin embargo, obras con un planteamiento más riguroso y mucho más arriesgadas estéticamente, como «Doctor Niebla», «El Inspector Dan» o los trabajos de Ángel Puigmiquel, sólo obtuvieron un éxito más modesto de público. Aún hoy sólo son apreciados por los profesionales y un sector de público mucho más limitado que las series mencionadas anteriormente.

Hacia la madurez

Sin duda, los cuarenta años de dictadura han influido de forma significativa en la pobreza de la mayoría de las obras nacidas durante ese periodo. Y no es extraño que, cuando la férrea mano de la censura comenzó a abrirse, aunque fuera tímidamente, se produjera una eclosión de autores y obras de una madurez hasta entonces inéditas. «Delta 99» y «5 por Infinito», series publicadas por primera vez en 1968, fueron un anticipo del profundo cambio que esperaba a la historieta española.

Nuevamente, y en la última etapa de la revista *Gaceta Junior*, también nacida en 1968, nos encontramos con personajes como Dani Futuro y El Tiburón en los que empieza a ser evidente el distanciamiento con la etapa anterior y una forma más adulta de entender el cómic. Además, «Dani Futuro» supone una renovación estética hasta entonces prácticamente inédita en la historieta española. Pero estas series no dejan de ser excepciones en un mercado en el que la mayoría de los dibujantes trabajan para el exterior, principalmente Estados Unidos, Francia e Italia. Las revistas que se publican en esta época en España recurren, en su mayoría, a material extranjero.

ro. *Trinca*, publicada entre 1970 y 1973, supone un cambio en esta tendencia. En sus páginas encontraron acogida autores del talento de Víctor de la Fuente, Miguel Calatayud, Antonio Hernández Palacios o Ventura y Nieto. En buena medida y a pesar de su cierre, *Trinca* había conseguido poner las bases para la eclosión de revistas que iba a producirse a finales de la década de los 70.

Es durante esta década y principios de los años 80 cuando puede decirse que la historieta española alcanza realmente la madurez. A ese periodo corresponden las obras que, en mi opinión, merecen el calificativo de clásicos en toda su extensión. No es intención de este artículo hacer una relación exhaustiva de los autores y obras que dieron un vuelco radical a la situación de nuestro cómic. Se trata, más bien, de destacar la importancia de algunas obras que contribuyeron a situarla al nivel de los demás países de nuestro entorno. A falta de unos clásicos dignos de ese nombre, estas

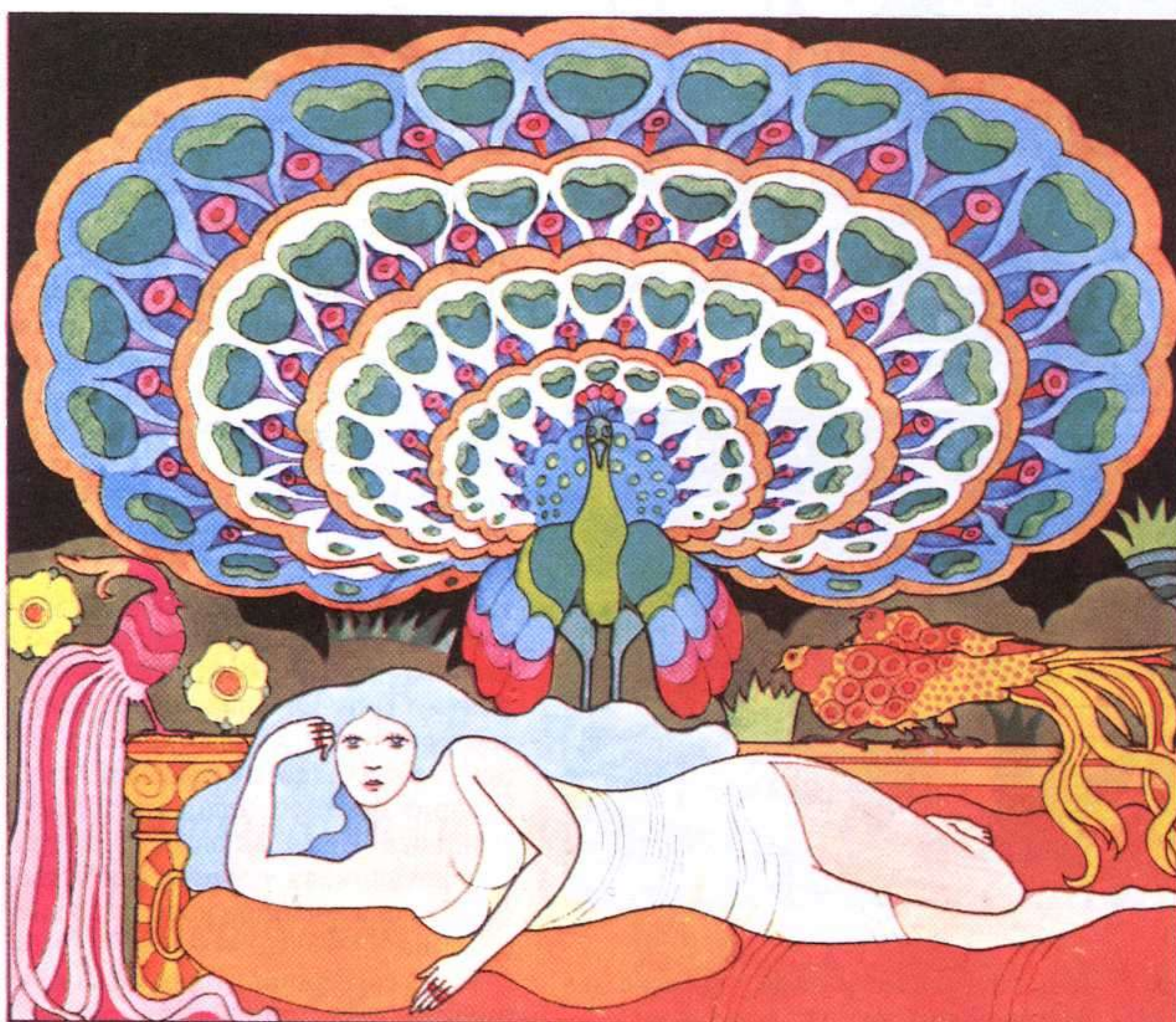
obras merecen ser consideradas como clásicos, tardíos si se quiere, pero que, en mi opinión reúnen todos los requisitos para merecer ese calificativo.

Algunas como *Aghardi*, de Enric Sió (publicada originalmente en la revista italiana *Linus*) y «Las crónicas del Sin Nombre», de Víctor Mora y Luis García (realizada para la revista francesa *Pilote*) ni siquiera estaban destinadas, en principio, al mercado nacional y sólo serían recuperadas posteriormente. Aunque la mayor parte de las obras de las que vamos a hablar fueron publicadas por diferentes revistas y editoriales merece destacarse el papel de *Trinca*. Muchos lectores descubrimos, gracias a esta revista, autores como Antonio Hernández Palacios, autor de «El Cid» y «Manos Kelly», Ventura y Nieto, responsables de «Es que van como locos» y *Maremagnum*, Miguel Calatayud, autor de «Peter Petrake» y «Los 12 trabajos de Hércules» y Víctor de la Fuente autor de «Haxtur» y «Mathai Dhor».



ALFONSO FONT; CUENTOS DE UN FUTURO IMPERFECTO, NORMA, 1990.

LOS DOCE TRABAJOS DE HERCULES



ADMETE, HIJA DE EURISTEO
IBA A SER OBSECUADA POR
SU PADRE...



MIGUEL CALATAYUD, LOS 12 TRABAJOS DE HÉRCULES, DONCEL, 1973.

Miguel Calatayud es, posiblemente, el autor más polémico de los que pasaron por las páginas de *Trinca*. Polémico porque su estilo exuberante y falsamente naif dividió a lectores y responsables de la revista entre detractores y partidarios. Sus referencias visuales pueden rastrearse desde *Yellow Submarine* hasta *Jodelle de Peellaert* o *Saga de Xam*, de Nicolas Devil. De su paso por *Trinca* merecen destacarse «Peter Petrake» y «Los 12 trabajos de Hércules».

Peter Petrake, agente del Consejo de Seguridad Universal se dedica a combatir todo tipo de científicos locos que pretenden construir máquinas multiplicadoras de armas o destruir el mundo con la ayuda de máquinas que extiendan la contaminación. Petrake lo resuelve

dando la vuelta a la situación y haciendo que el malo de turno se vea obligado a trabajar por la pureza atmosférica o dedicando la máquina multiplicadora producir flores. La falsa ingenuidad de las historias de Calatayud no hace más que poner en evidencia la modernidad de este autor que supo distanciarse de las ñoñas historietas que, en más de una ocasión, compartían las páginas de la revista.

Algunas joyas de nuestra historieta

Víctor de la Fuente, uno de los dibujantes más dotados de su generación, ofreció en las páginas de *Trinca* su

mejor trabajo, «Haxtur». Sin embargo, el carácter innovador y comprometido que entonces tenía la historia ha resistido mal el paso del tiempo. El mensaje de la obra, entonces camuflado a causa de la censura, parece hoy mucho menos críptico y más ingenuo. Las preguntas que angustian al protagonista, su búsqueda de la verdad, de un sentido a su lucha, su crítica de la tiranía y su loa de la dignidad humana no han perdido valor. Su *envoltorio* en cambio ha perdido consistencia. A pesar de todo, «Haxtur» es una obra insólita para su época y merece, sin ninguna duda, el reconocimiento debido a un pionero.

Uno de esos autores que nos dieron lo mejor de su obra entre los 60 y 70 y que hoy está un tanto olvidado es Enric Sió.



ENRIC SIÓ, AGHARDI, NUEVA FRONTERA, 1979.

Nus, Sorang, Lavinia 2016, Aghardi, «Mara», «Mis miedos», con todas sus obras Sió marcó una considerable distancia respecto al resto del cómic del momento. Se saltó las convenciones del lenguaje del cómic, eliminó las calles entre viñetas y sustentó todo el peso de la historia en los diálogos, reduciendo los textos de apoyo a su mínima expresión. Entre sus influencias están los italianos Guido Crepax y Dino Battaglia. Sió toma *El retorno de los brujos* de Pauwels y Bergier y lo convierte en una obra de múltiples lecturas, aderezada con unos diálogos ágiles y que no se empeñan en volver a contarle al lector la misma historia de los dibujos. Como dice Román Gubern en el prólogo del álbum, publicado en la colección Biblioteca Totem: «Y, sin embargo, Aghardi no resulta en ningún momento ni una obra difícil, ni innecesariamente complicada. Se trata, simplemente, de un aprovechamiento a fondo de las posibili-

dades del medio y de la lógica de sus convenciones lingüísticas.»

Carlos Giménez, que ya había mostrado su inquietud por la utilización del montaje y el color en «Dani Futuro» y *Hom*, la abandona temporalmente. En «Paracuellos», serie de carácter autobiográfico, Giménez sacrifica la espectacularidad del montaje a la fuerza de la historia. Todas las páginas de este álbum constan de 20 viñetas de igual tamaño que, gracias a la planificación, no caen nunca en la monotonía pero que acentúan la dureza de la historia que nos cuenta: su infancia en los colegios de Auxilio Social. Pocas veces se ha conseguido, con tal economía de medios, una obra tan impactante. Por otra parte trata un tema tan escasamente abordado en el cómic, al contrario de lo que ocurre en el cine, como es el del franquismo. Habrá que esperar hasta las recientes «Las memorias de Amorós» y «El artefacto perverso» ambas de Felipe Her-

nández Cava y Federico del Barrio para encontrar obras que aborden el tema con una calidad estética y literaria poco frecuentes en el cómic español.

Víctor Mora, creador literario del Capitán Trueno, y Luis García desarrollan, a partir de 1972, la serie «Las Crónicas del Sin Nombre» para la revista francesa *Pilote*. A través del Sin Nombre, un personaje, de origen desconocido, que puede adoptar distintas personalidades durante un breve espacio de tiempo, asistimos a una serie de historias ambientadas en épocas y espacios diferentes. La manipulación de la mente, el amor, el compromiso creativo, un alegato ecológico son otros tantos temas que se benefician del tratamiento hiperrealista del dibujo de Luis García y de los guiones más adultos desarrollados por Víctor Mora en su extensa carrera en este ámbito.

Pocas veces ha dado el cómic español una obra tan lúcida y pesimista como los *Cuentos de un futuro imperfecto* de Alfonso Font. En la mayoría de ellos, el autor nos muestra a una humanidad que tiene en sus manos su propio destino... y siempre destruye toda posibilidad de esperanza. Hasta las historias de carácter más intimista, como «Ojos Verdes», destilan una amargura poco frecuente en el cómic.

Todas estas obras no son más que una muestra, muy limitada, de uno de los momentos más fructíferos, en el aspecto creativo, de la historieta española. Sus autores pusieron las bases de la historieta que se ha venido haciendo durante los últimos 15 años en España. Curiosamente, la década de los 90 ha traído una de las crisis más fuertes, a nivel editorial, sufridas por nuestra historieta. En el aspecto creativo, sin embargo, las cosas son muy distintas. Una nueva generación de dibujantes, muy influenciados por los *comic-book* americanos y el *manga* japonés, aseguran la continuación del medio. Sin embargo, se hace evidente la falta de nuevos y buenos guionistas. Un mal endémico de la historieta española que repercutirá de forma importante en la calidad de las obras que se creen a partir de ahora. ■

* Laureano Domínguez es especialista en cómics.